



¿Tenemos la libertad de utilizarnos como instrumentos? El hombre como medio ecológico en Edith Stein y Papa Francisco

Should we have the freedom to use ourselves as instruments? Men as *ecological medium* in Edith Stein and Pope Francis

Emanuele Lacca*

Universidad de la Bohemia del Sur

emanuele.lacca@gmail.com

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es investigar cómo los hombres, entendidos como criaturas que interactúan dentro de un preciso entorno natural y social, pueden ser el medio a través del cual investigar la relación entre los seres humanos y el mundo en el cruce de la ecoética y la ecopolítica. La primera parte analizará los temas fundamentales de la ecoética y la ecopolítica, que se pondrán en diálogo con las palabras del Papa Francisco. En la segunda parte analizaremos las palabras de Edith Stein que, aunque alejada en el tiempo de los temas más contemporáneos, hace una lúcida reflexión sobre el hombre, su lugar en el mundo y la forma en que interactúa. En la tercera parte, los resultados de los dos primeros se "juntarán" para entender si son realmente funcionales para la resolución de los problemas planteados y, en su caso, para resaltar los límites o ideas que intrínsecamente traen consigo. Para conseguir este objetivo se tomarán en cuenta principalmente dos textos. De Edith Stein se considera *La estructura de la persona humana*, que reúne las enseñanzas de la autora de los cursos 1932-1933 y, de Papa Francisco la encíclica *Laudato Si* del 2015. A través de la interacción dialéctica entre estos dos textos se intentará crear una interrelación entre las tres partes de la contribución, con el objetivo de entender de qué manera esos dos textos puedan representar efectivamente unos ejemplares de las perspectivas teóricas tomadas en cuenta para la resolución de las cuestiones sobre hombre y el medio ambiente.

Palabras clave: Ecoética, Edith Stein, hombre, medio ambiente, Papa Francisco

ABSTRACT: This paper aims to investigate how men, considered as creatures which interact in a precise environment both natural and social, may be the medium through which investigate the relation between humans and the world at the cross of ecoethics and ecopolitics. The first part will analyze the fundamental themes of ecoethics and ecopolitics, which will be put in dialogue with the words of Pope Francis. In the second part we will analyze the words of Edith Stein who, although distanced in time from the most contemporary themes, makes a lucid reflection on man, his place in the world and the way in which he interacts. In the third part, the results of the first two will be "put together" to understand if they are really functional for the resolution of the problems posed and, where appropriate, to highlight the limits or ideas that they intrinsically bring with them. In order to maintain this objective, two main texts will be taken into account. Edith Stein's *The Structure of the Human Person*, which brings together the teachings of the author of the 1932-1933 courses, and Pope Francis' encyclical *Laudato Si* of 2015. Through the dialectical interaction between these two main texts, an attempt will be made to create an interrelationship between the three parts of this contribution, with the aim of understanding in such a way that these two texts can effectively represent some examples of the theoretical perspectives taken into account for the resolution of questions about man and the environment.

Keywords: Ecoethics, Edith Stein, environment, man, Pope Francis

*Investigador en Filosofía, Universidad de la Bohemia del Sur (República Checa).



Introducción

«Los humanos parecen ser más irresponsables que nunca. Dioses hechos a sí mismos, con solo las leyes de la física para acompañarnos, no hemos de dar explicaciones a nadie. En consecuencia, causamos estragos a nuestros socios animales y al ecosistema que nos rodea, buscando poco más que nuestra propia comodidad y diversión, pero sin encontrar nunca satisfacción. ¿Hay algo más peligroso que unos dioses insatisfechos e irresponsables que no saben lo que quieren?»¹.

Con estas duras palabras, Yuval Noah Harari advierte contra la deriva que ha marcado a la humanidad en los últimos dos siglos. Una humanidad que ya no reconoce y no quiere reconocer sus orígenes, el mundo que le fue dado y la forma en que debe hacer un uso convincente y responsable de ese don. El ser humano, inútil construir perífrasis y eufemismos, se dedica ahora al uso indiscriminado de los recursos del mundo que le rodea. Además, como su “afán divino”, como diría Harari, le lleva a ser un juez indiscriminado de sí mismo, a menudo se utiliza a sí mismo indiscriminadamente, olvidando el respeto y el respeto por sí mismo. En las últimas décadas, impulsado por un liberalismo más agresivo, este proceso ha empeorado y el frágil orden que caracterizaba el equilibrio entre los seres humanos y entre ellos y la naturaleza, se ha ido desmoronando gradualmente. El resultado, que ya no es sólo potencial, es un ecosistema que en muchos aspectos está comprometido, es irrecuperable y ahora está condenado a la ruina. Esta perspectiva es claramente catastrófica y, en su generalización, se propone más como una advertencia a las generaciones presentes y especialmente a las futuras que como un análisis real de la situación en la que se encuentra el hombre. Sin embargo, teniendo en cuenta los últimos resultados que nos ha dado la investigación científica, no debemos ignorar el hecho de que actuar como si tuviéramos todo a nuestra disposición de forma monolítica, es decir, inagotable e inalterable, puede llevarnos realmente por el camino de la puesta de sol. Seríamos la especie entre las especies que más ignoraron el valor del regalo que le fue dado.

Entonces, ¿qué se puede hacer para invertir esta tendencia? Es evidente que no existe una respuesta única ni la intención de presumir que el conocimiento es suficiente para proponer respuestas exhaustivas y resolutivas a la pregunta planteada. Sin embargo, podemos intentar reflexionar sobre ello, con los medios que proporciona la investigación humanística, tratando de encontrar qué

¹Yuval Noha Harari, *De animales a dioses: breve historia de la humanidad*, traducción de Joan Domènec Ros, (Barcelona: Debate, 2014), p. 456.



mecanismos, si se modifican, pueden permitir la inversión de la tendencia y restablecer el equilibrio que hace unas líneas fue decretado destruido.

Para ello, teniendo que decidir por un campo de análisis, se puede pensar en tres preguntas:

- ¿Qué significa realmente el mundo a su alrededor para la humanidad?
- ¿Cuáles son las relaciones “sanas” que dan al hombre una vida equilibrada con el medio ambiente?
- ¿Cómo puede el ser humano ser un medio “activo” de reequilibrio con el medio ambiente?

Si tuviéramos que discutir aquí toda la bibliografía existente sobre este tema, el espacio requerido sería infinito². Por esta razón, esta contribución pretende reflexionar sobre dos de los muchos textos que pueden ayudar a responder objetivamente a estas tres preguntas: la encíclica *Laudato sí* del Papa Francisco y *La estructura de la persona humana* de Edith Stein. Estos textos de la ética cristiana, que pretende ser el campo de referencia dentro del cual mueve y se mueve esta contribución, parecen ser los que mejor enfocan el problema de la relación entre el hombre y el medio ambiente para comprender sus límites heurísticos, sus aperturas epistemológicas y sus estrategias operativas.

Esta contribución, en virtud del objetivo que se propone y siempre teniendo en cuenta las tres preguntas iniciales, pretende desarrollarse en tres partes. La primera parte analizará los temas fundamentales de la ecoética y la ecopolítica, que se pondrán en diálogo con las palabras del Papa Francisco. En la segunda parte analizaremos las palabras de Edith Stein que, aunque alejada en el tiempo de los temas más contemporáneos, hace una lúcida reflexión sobre el hombre, su lugar en el mundo y la forma en que interactúa. En la tercera parte, los resultados de las dos primeras serán “cosidos” para entender si son realmente funcionales para la resolución de los problemas planteados y, en su caso, para resaltar los límites o las ideas que traen intrínsecamente con ellos.

² Véase, por ejemplo, Carmen Ferrete, *Ética ecológica como ética aplicada: educación cívica y responsabilidad ecológica*, (Madrid: Ediciones de las Ciencias Sociales, 2010); Ernest García y Francisco Fernández Buey, *Perdurar en un planeta habitable*, (Barcelona: Icaria, 2006); José María Heras, *Ética del medio ambiente. Problemas, perspectivas, historia*, (Madrid: Tecnos, 1997); Id. *La dignidad de la naturaleza. Ensayos de ética medioambiental*, (Granada: Comares, 2000); Id. *Ética en la frontera*, (Madrid: Biblioteca Nueva, 2002); Id. *Tomarse en serio la naturaleza. Ética ambiental en perspectiva multidisciplinar*, (Madrid: Biblioteca Nueva, 2004); Id. *Responsabilidad política y medio ambiente*, (Madrid: Biblioteca Nueva, 2007); Id. *Bioética y ecología. Los valores de la naturaleza como norma moral*, (Madrid: Síntesis, 2012); Francisco Garrido, *Introducción a la ecología política*, (Granada: Comares, 1993); Nicolás Sosa, *Ética Ecológica*, (Madrid: Libertarias, 1990).



La relación hombre-mundo y el problema ambiental

El ser humano es un ser que pregunta y se pregunta. Dentro del problema hombre-ambiente, ¿qué es lo que pide y qué es lo que se pide? Hay muchas disciplinas que tratan de responder a estas preguntas dentro de ese problema. Dos de ellos, de reciente creación, son la ecoética y la ecopolítica. Están estrechamente vinculados no sólo por el prefijo común, sino también por su contenido. Se diferencian en sus temas de estudio y en las soluciones a las que los estudiosos de estas disciplinas orientan sus análisis.

La ecoética, como señala Carmen Velayos Castelo en su artículo *La ecoética en España*³, es una disciplina relativamente joven, nacida a principios de los años '80 del siglo pasado, cuando grupos de estudiosos de la zona anglosajona comenzaron a reflexionar sobre la estabilidad de las relaciones entre el hombre y el mundo. Tras un largo proceso de expansión, que la propia Velayos Castelo explica bien en su artículo, la ecoética se convierte en una disciplina global, que afecta a pensadores de todo el mundo, incluso teniendo en cuenta el progresivo deterioro del entorno vital del hombre.

La Ecoética se define por ello como una propuesta de la filosofía moral basada en la sensibilización del individuo hacia el medio ambiente, que tiene como finalidad fundamental la aplicación de los principios morales en el momento de la acción humana hacia la naturaleza. Aunque se puede considerar una definición reductora – hay por cierto mucho más que discutir –, para nuestros propósitos esto es necesario y suficiente. La eco-ética, por lo tanto, tiene como objetivo relacionar al hombre con el medio ambiente. Sin embargo, teniendo en cuenta que el hombre no puede actuar como un ser solitario totalmente desconectado de sus semejantes, es evidente que el individuo debe ser contextualizado dentro de una sociedad que también actúa en relación con la naturaleza. Es aquí, en esta contextualización, donde interviene la ecopolítica. Se define como aquella disciplina que se ocupa de estudiar cómo las decisiones de las naciones pueden permitir respetar los principios identificados por la ecoética. Ecopolítica, como término, es más bien anticuado. Es el título de un texto del siglo XVII de Scipione Coppo da Venafro, en el que el autor italiano ilustra cómo se sitúa el hombre en la creación, sin avanzar, sin embargo, en teorías particulares sobre su interacción

³ Carmen Velayos Castelo, "La ecoética en España", *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 2, 2014, pp. 129-151.



recíproca. En los últimos veinte años, también en relación con el desarrollo de la ecoética, ha adquirido el significado que ahora se conoce y reconoce en la comunidad científica.

La unión entre estas dos disciplinas, ya manifestada en algunos artículos publicados en la última década, legitima la investigación en torno a las tres cuestiones planteadas al inicio de este trabajo. Para ello, el punto de partida son las palabras introductorias a la encíclica *Laudato si*. El Papa Francisco, trazando una breve historia del camino que le llevó a reflexionar sobre cuestiones ecológicas, escribe: si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos. En cambio, si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo⁴.

Francisco, sugiriendo al lector cuál es el enfoque a través del cual mirar la relación hombre-mundo, enfatiza que los hombres no deben usar lo que los rodea de una manera utilitaria; necesitan sanar la creación con asombro y sin explotar lo que se nos da. La relación hombre-mundo, según las palabras introductorias de la encíclica, debe ser ilimitada en el sentido de unión total con lo que nos rodea y no en el sentido de uso ilimitado. No hay, por tanto, una estrategia precisa para “configurar” esta relación, sino simplemente para escuchar al mundo y entender cómo interactuar con él⁵. A partir de esta escucha, entonces, cada ser humano será capaz de pensar en las estrategias a utilizar para la plena sintonía de sí mismo con el mundo que lo rodea. El Papa Francisco también indica la manera en que esta sintonía debe tener lugar, es decir, a través de la maravilla y el asombro. Mirar el mundo de otra manera significaría seguir considerándolo como una fuente de satisfacción para los propios intereses personales, lo que, una vez más, no contribuiría a proteger el medio ambiente, sino a utilizarlo sin límites.

⁴ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si*, (Roma: Tipografía Vaticana, 2015), p. 11.

⁵ En este sentido me pongo de acuerdo con las palabras de Carmen Velayos Castelo, “Cuidar la naturaleza”, *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 10, 2017, p. 11-26. Dentro de este contributo, Velayos Castelo sugiere cuatro perspectivas de donde abarcar la encíclica de Papa Francisco: cuidar de la naturaleza como valor intrínseco; “cantar” a la naturaleza; amar todos los seres, humanos y no humanos; la apuesta por un desarrollo diferente, basado en el decrecimiento. Esto me parece, bajo mi punto de vista, un punto de partida decisivo para la exposición de las vías que permiten la correcta interpretación de la relación hombre-mundo, tal como se verá dentro de esta contribución con el pensamiento de Edith Stein.



Como bien dice Emilio Chuvieco Salinero en su artículo dedicado a la relación entre la ecología y la tradición cristiana: la solución de fondo al problema ambiental pasa por la conversión personal de cada uno, por la suma de millones de conversiones personales. Requiere cambiar nuestra mirada y nuestro pensamiento, de tal forma que nuestras relaciones con los demás seres humanos y con las demás criaturas pasen a ser cooperativas en lugar de competitivas. Pasa por aprender a disfrutar compartiendo, por contemplar lo que nos rodea con una mirada distinta, por poner las prioridades en los bienes espirituales frente a los materiales⁶. ¿Qué permite a una sociedad relacionarse correctamente con el mundo? Siguiendo las palabras de Chuvieco Salinero, una de las posibilidades está dada por el hecho de que la sociedad debe reconocerse en primer lugar en su originalidad, es decir, en ese conjunto de individualidades que, a través de la cooperación, se convierten en un solo cuerpo. La responsabilidad de la mala gestión de los recursos no se deriva, por tanto, de la responsabilidad frente a un ente abstracto como puede ser la sociedad, sino de los individuos que la componen. No se trata de conceptos nuevos, aunque son innovadores en lo que respecta al concepto de sociedad y sus responsabilidades para el medio ambiente. Su culminación teórica es el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* que, publicado en 2004, pretende sistematizar, entre otros aspectos, los relacionados con la relación entre el hombre y el mundo y las formas en que se influyen mutuamente. En este sentido, a través de la recuperación de la dignidad del hombre y del mundo que le rodea, la Iglesia enseña que los conceptos de bien común, solidaridad y subsidiariedad deben ser seguidos para que las comunidades sociales, desde las familias hasta las uniones entre las naciones, logren resolver el conflicto ambiental en curso. La idea de la doctrina social cristiana proporciona una sociedad que se desarrolla no desde arriba, sino de individuos a individuos. De esta manera, el cuerpo social no es gobernado pasivamente, sino que se autorregula y luego es administrado por la política, que debe tener como objetivo primordial la defensa y protección del bienestar de los individuos y de los ambientes en los que viven.

Por esta razón, en su encíclica, el Papa Francisco, al enumerar las situaciones actuales y potenciales de esta relación, siempre tiene en mente la enseñanza de la Doctrina Social y escribe que: el desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. [...] Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad

⁶ Ernesto Chuvieco Salinero, "La conversión "ecológica" en la *Laudato Si'* y en la tradición cristiana", *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 10, 2017, p. 31.



humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. [...] Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos⁷. Las palabras del Pontífice son palabras proactivas, que subrayan implícitamente la urgencia de la revalorización de la relación entre el hombre y el medio ambiente y la esperanza de su pronta recuperación, respetando los dos temas dialécticos del discurso: el hombre y el medio ambiente.

A lo largo de la encíclica, el Papa Francisco indica toda una serie de propuestas y correcciones, siguiendo los ejemplos bíblicos y teológicos, para que esta recuperación pueda realizarse concretamente. Sugiere no sólo prestar atención al medio ambiente, sino que también subraya la importancia que el hombre y su cuerpo tienen en la sana reconstitución de la tierra en la que vivimos. En particular, hace explícita esta idea en el sexto capítulo de la encíclica, *Educación y espiritualidad ecológica*. En este capítulo, el Papa Francisco señala la necesidad de centrarse en otra forma de vida, una que eduque la alianza entre la humanidad y el medio ambiente, para que también en ella haya alegría, paz, amor civil y político y, en pocas palabras, pueda haber una verdadera y propia conversión ecológica. Esto resulta naturalmente en el conjunto de acciones políticas que hacen que la relación ética entre el hombre y el medio ambiente sea globalmente practicable. El llamamiento del Papa es claro: muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración⁸.

Pero ¿cómo puede ocurrir esta regeneración? Son muchas las soluciones que se han propuesto en el campo filosófico, tanto analítico como continental, pero ninguna parece ser capaz de dar cuenta plenamente de la forma en que el hombre puede sumergirse perfectamente en el entorno de referencia sin causar dificultades. Si la adaptación espiritual es más sencilla – es bastante cambiar la actitud hacia las cosas –, desde un punto de vista material las cosas parecen ser mucho más controvertidas, ya que nuestro cuerpo no tiene la inmediatez evolutiva para cambiar instantáneamente su fenotipo.

⁷ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Sí*, pp. 12-13.

⁸ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Sí*, p. 155.



Más allá de la adaptación biológica al mundo, que todavía requiere decenas de generaciones, ¿cómo podemos hacer de nuestro cuerpo una herramienta de referencia inmediata para implementar cambios en nuestra relación con lo que nos rodea? Una de las soluciones más lúcidas y agudas es la de una filósofa contemporánea, pero mucho mas antigua de la reflexión emergente entre finales del siglo XX y principios del XXI: Edith Stein.

Edith Stein y la estructura de la persona humana como medio ecológico

Edith Stein, canonizada con el nombre de Santa Teresa Benedicta de la Cruz, formó y desarrolló su pensamiento en Alemania en la primera mitad del siglo XX y, a manos de la misma Alemania que la había hecho famosa, murió en Auschwitz a los cincuenta años de edad, sin haber podido completar su proyecto filosófico. Stein se ocupa de muchos aspectos de la filosofía, pero es gracias al descubrimiento de la fenomenología que todos los esfuerzos convergerán en el hombre y en las relaciones que éste pueda tener en el mundo y con el mundo. Escribe sobre ello en muchos de sus textos, tanto publicados como inéditos, pero uno en particular lo aborda de manera precisa: *La estructura de la persona humana*. Este texto, retomando brevemente su genealogía, contiene las notas del curso celebrado en el Instituto de Pedagogía Científica de Münster en el semestre de invierno de 1932-33. De acuerdo con los objetivos fijados al inicio del curso por Stein, el tema del curso tenía que ser la base teórica para elaborar una filosofía funcional de la educación, es decir, trazar las líneas teóricas necesarias. Los argumentos de Stein a este respecto son completamente nuevos y originales, ya que están totalmente influenciados por sus antecedentes culturales y sus principales campos de estudio, la fenomenología y el tomismo. Ella divide su estudio en nueve partes, que van desde la definición esencial del ser humano hasta su tensión hacia lo divino. De estas nueve partes, la cuarta y sexta, tituladas *El ser humano como animal* y *El aspecto animal en el ser humano y el aspecto específicamente humano*, son fundamentales para nuestros propósitos. La dificultad de tratar el tema separadamente de la espiritualidad que distingue de forma especie-específica al hombre es resaltada por Stein al principio de la tercera parte, en la que confiesa la extrema complejidad de poner el discurso sobre la corporeidad como totalmente abstracto de otros aspectos indisolublemente ligados al fenómeno ‘hombre’.



Entre los diferentes enfoques que Stein propone para comprender la naturaleza animal del hombre, el sexto párrafo de la cuarta parte, titulado *Estructura del alma: vida psíquica actual, poderes y alma*, es particularmente interesante. Este párrafo proviene de una conclusión muy estricta y de una apertura que, dadas las premisas, parece desorientadora. La conclusión, basada en páginas y páginas de investigación sobre la corporeidad, indica que cualquier discusión sobre el cuerpo del hombre que no esté vinculada a su espiritualidad es imposible. El razonamiento abstracto del que Stein dio cuenta al principio de la tercera parte es definitivamente impracticable, hecho inerte por la vida psíquica del hombre y de su alma, tradicionalmente señalada como inseparable del cuerpo y que, a la prueba de los hechos, realmente lo es. Stein escribe: las partes más externas [del alma] son las *impresiones sensibles* cambiantes que se reciben del exterior. No podemos pensar en ellos en analogía con nuestras percepciones, en las que las cosas se captan [...] como *ob-iecti*. A las diferentes especies de datos sensibles externos se añaden los datos sensibles del propio cuerpo vivo, que pueden definirse como *sensibilia interna*. Esta interioridad no es, sin embargo, la única. A ella están estrechamente ligados los estados internos despertados por las impresiones externas, lo que indicamos como sentimientos y que se clasifican bajo las *categorías polares básicas* de *placer y desagrado*. Es aquí donde tenemos el punto de transición del estímulo a las *reacciones*, a ser empujados, atraídos y rechazados⁹. El proceso de aprehensión de una sensación por parte del hombre deriva de un contacto primario con los muchos elementos externos que componen el mundo que le rodea y que no corresponden a ninguna percepción, siguiendo la impresión de los elementos primero en nuestra sensibilidad y luego en nuestro intelecto. Además, a estos elementos se añade la percepción del elemento subjetivo, es decir, la conciencia de existir en un momento espacio-temporal preciso. Este elemento subjetivo no es inmune a los externos y, al contrario, ellos son los más importantes, ya que polarizan los sentimientos del hombre y le permiten sentir placer y dolor y reaccionar ante lo que sucede a su alrededor. Sin el mundo exterior, el hombre no podría vivir, ya que es la interacción con él lo que determina su estado, racional y emocional a la vez.

Esta interacción es difícil de entender conceptualmente y, de hecho, sólo parecería abstracta. Para ello, Stein invita a ir más allá y a continuación escribe: la vida presente se caracteriza por un continuo ir y venir de estímulos externos, estados internos, impulsos instintivos, etc... Pero, detrás de estas idas y venidas, hay algo duradero que hace posible tener asuntos de actualidad y de una *cierta* actualidad¹⁰.

⁹ Edith Stein, *La estructura de la persona humana*, (Madrid: BAC, 2003), pp. 93-94.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 94.



La existencia del hombre se caracteriza por una multiplicidad infinita de estímulos que lo cambian continuamente. En este inagotable torbellino de estímulos, Stein sugiere que hagamos una pausa y rastreemos el punto o momento original en el que estos estímulos llegan y se organizan. En el hombre este punto se realiza en sí mismo y en sí mismo, "lugares" en los que el hombre se hace consciente de sí mismo y de lo que le rodea y puede actuar como consecuencia de estos estímulos. En este punto, que sigue a la psicología "clásica", comienza a surgir un posible camino interpretativo que muestra al hombre como responsable de lo que le sucede y de lo que le rodea. Los estímulos externos son, en cierto sentido, datos sin vida, meros que nos llegan y que, según la mejor tradición fenomenológica a la que se adhiere Stein, nos permiten conocer y actuar. El mundo, entonces, se convierte en el lugar donde el hombre actúa y todo lo que causa acciones y reacciones en su espacio vital.

Esto, según Stein, se verificaría en la práctica diaria. Al principio del sexto capítulo escribe: cuando vemos una planta o un animal "atrofiados", es decir, en el que no se han desarrollado capacidades específicas, atribuimos la responsabilidad de ello a unas condiciones de vida desfavorables, o a la persona que los ha puesto en condiciones tan inadecuadas. También tenemos en cuenta factores similares en el ser humano, pero también lo hacemos responsable de lo que ha llegado a ser¹¹. Este es el paso decisivo que nos devuelve, con toda su fuerza teórica, el pensamiento de Stein sobre el hombre como posible medio ecológico. Un animal o planta no humano es responsable consigo mismo en la medida en que su evolución está determinada por su estructura esencial y el entorno en el que vive. Si hay problemas en su ciclo de vida, deben atribuirse a dificultades funcionales o a un entorno desfavorable para su existencia. Si en el primer caso la modificación fenotípica es responsabilidad exclusiva del genotipo respectivo, en el segundo caso es todo a su alrededor lo que determina su supervivencia. Stein también incluye al hombre en este conjunto, independiente en sí mismo pero sujeto de dependencia de las plantas y los animales, ya que forma parte de su entorno vital. Si el hombre interviene incorrectamente en tal ambiente, decreta el fin de esos seres, adaptables a los cambios, pero sin racionalidad. La responsabilidad del correcto funcionamiento del medio ambiente viene dada también por la acción del hombre, como sujeto que lo ha puesto en condiciones de existencia adecuadas o inadecuadas. Sin embargo, como el hombre también está hecho de lo que le llega del exterior y reacciona a tales datos, él mismo es consciente de los cambios en el medio ambiente y, por esta razón, no puede ignorarlos originalmente. Así, el hombre es un medio para la

¹¹ *Ibíd.*, p. 123.



protección ecológica del medio ambiente, es el primero en notar un posible “mal funcionamiento” y el único que puede “repararlo”. El hombre es responsable de sí mismo, de sus semejantes y del mundo en el que viven, y es su cuerpo el medio por el que toma conciencia de esta responsabilidad. No puede ignorar los *sensibilia externa*, porque sus *sensibilia interna* se adaptarán a los primeros, generando en él un estado de malestar en caso de que lo que le rodea cambie negativamente.

Hombre-mundo-medioambiente. Soluciones y cuestiones abiertas

Nuestro cuerpo es una herramienta para entender cómo funciona nuestro mundo, tanto ecológica como socialmente. Las palabras de Stein, aunque impregnadas de toda la complejidad que caracteriza a la fenomenología alemana, lo confirman. A través de los conceptos de estimulación, acción y reacción, la filósofa alemana ha demostrado lo esencial que es para nuestra alma en considerar activamente lo que viene de nuestra corporeidad. Es verdad, muchos filósofos antes de ella lo habían discutido, pero ella logra dar una nueva interpretación de lo esencial: si no escuchamos nuestra vida corporal, nunca podremos satisfacer plenamente nuestra vida psíquica. Las sensibilidades externas son fundamentales para la constitución de las sensibilidades internas. No podía ser de otra manera, de lo contrario los hombres serían comparables a las bestias, caracterizadas por una vida psíquica ausente. Sin embargo, cuando miramos a nuestro alrededor, las bestias parecen tener más respeto por el medio ambiente que los hombres: sus instintos parecen prevalecer sobre nuestro razonamiento. Así que, ¿las palabras de Stein son palabras inútiles, degeneradas hacia el tema ecológico? No si consideramos el elemento que es el fundamento de todo, el de la escucha de la naturaleza que Stein consideraba como una especie-específica del hombre y que el Papa Francisco retoma idealmente en el sexto capítulo de *Laudato sí*.

En este sentido, tenemos todas las herramientas para tratar de responder a las tres preguntas de abrir nuestra contribución:

- ¿Qué significa realmente el mundo a su alrededor para la humanidad?

El mundo representa el conjunto de todos los estímulos que completan la vida psíquica del hombre, sintonizándolo con esa naturaleza que le permite desarrollarse y comprenderse plenamente a sí mismo y a lo que le rodea.



- ¿Cuáles son las relaciones “sanas” que dan al hombre una vida equilibrada con el medio ambiente?

Las relaciones “sanas” son aquellas que están mediadas por estímulos externos, que dan placer y tristeza y que generan reacciones. Si el hombre sabe lo que le gusta y lo que no le gusta de la naturaleza, podrá reaccionar positivamente y, por esta razón, construir relaciones “sanas”, tanto para él como para el mundo que le rodea.

- ¿Cómo puede el ser humano ser un medio “activo” de reequilibrio con el medio ambiente?

El medio ambiente, la naturaleza y el mundo que nos rodea siempre han encontrado su punto de equilibrio (o reequilibrio) y se podría decir que no necesitan al hombre para equilibrarse. Sin embargo, el hombre se ha convertido en una “parte incómoda” de la relación y, como tal, es indispensable para que la naturaleza se reequilibre. Este proceso, si consideramos la respuesta a la segunda pregunta, es agotador en la fase de implementación, pero estructuralmente es simple y casi instintivo.

Por lo tanto, no debemos rendirnos y concluir que el mundo se dirige hacia su destrucción, perdido en un destino irrecuperable e ineluctable. Puedes cambiarlo, pero necesitas ‘escuchar’ y ‘escucharte a ti mismo’. Sólo así, volviendo a sus dimensiones originales, el hombre y la humanidad pueden volver a tratar su “hogar común” como fuente de inspiración perenne, y no como una forma continua de explotación.

Referencias

Chuvieco Salinero, Ernesto, “La conversión “ecológica” en la *Laudato Si* y en la tradición cristiana”, *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 10, 2017, p. 31-59.

Ead., “Cuidar la naturaleza”, *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 10, 2017, p. 11-26.

Ferrete, Carmen, *Ética ecológica como ética aplicada: educación cívica y responsabilidad ecológica*, Madrid, Ediciones de las Ciencias Sociales, 2010.

García, Ernest, Buey, Francisco Fernández, *Perdurar en un planeta habitable*, Barcelona, Icaria, 2006.

Garrido, Francisco *Introducción a la ecología política*, Granada, Comares, 1993.



Harari, Yuval Noha, *De animales a dioses: breve historia de la humanidad*, traducción de Joan Domènec Ros, Barcelona, Debate, 2014.

Heras, José María, *Ética del medio ambiente. Problemas, perspectivas, historia*, Madrid, Tecnos, 1997.

Id. *Bioética y ecología. Los valores de la naturaleza como norma moral*, Madrid, Síntesis, 2012.

Id. *Ética en la frontera*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Id. *La dignidad de la naturaleza. Ensayos de ética medioambiental*, Granada, Comares, 2000.

Id. *Responsabilidad política y medio ambiente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

Id. *Tomarse en serio la naturaleza. Ética ambiental en perspectiva multidisciplinar*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Sí*, Roma, Tipografía Vaticana, 2015.

Sosa, Nicolás, *Ética Ecológica*, Madrid, Libertarias, 1990.

Stein, Edith, *La estructura de la persona humana*, Madrid, BAC, 2003.

Velayos Castelo, Carmen “La ecoética en España”, *La Albolafia. Revista de Humanidades y Cultura*, 2, 2014, pp. 129-151.